



Ramón Bianco y Rojo de Ibáñez

Cristo

El Otoño y el viento

Con un prólogo

del ilustre catedrático y periodista

Don Francisco Martínez y García



MUR
423

MURCIA

Tip. ABELLÁN.-Gloria, 20

— 1928 —

BIBLIOTECA REGIONAL



1066992

T: 70649
DOR 2423

*
A mi' cultisimo amigo el
joven escritor Carlos Ruiz
Funer Amorós, con todo
el cariño que mi alma
atenea

El Futuro
→

Cristo

Precio: 4 Pesetas



R. 92.578

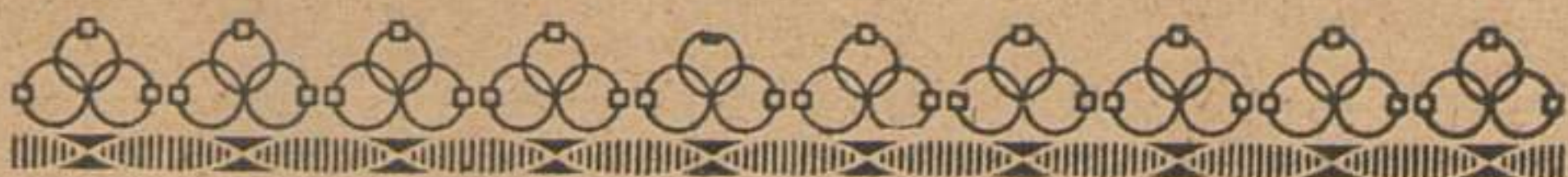
Ruiz-Funes

PROCEDENCIA BIBLIOTECA
CARLOS RUIZ-FUNES



Ramón Blanco

Decano de los periodistas murcianos



Prólogo

oooooooooooo

Laboriosidad

El veterano periodista D. Ramón Blanco tiene, entre las numerosas características que le honran, la del amor al trabajo.

En los años maduros de su vida labora con fé y con entusiasmo, lleno de un optimismo juvenil que hace sus producciones gratas y atrayentes.

Apenas ha dado a la Prensa un libro, cuando ya planea y tiene en vias de redacción otro parto de su ingenio, en el que hace profesión de nobles ideales y de sanos propósitos.

Esta actividad constante, sobreañadida al periodismo, que es la menos intermitente de las ocupaciones, rodea la figura simpática del viejo camarada de una

Handwritten text at the top of the page, possibly a title or header, which is mostly illegible due to fading.

Handwritten text in the middle of the page, possibly a date or a specific reference, which is mostly illegible due to fading.

Handwritten text below the middle section, possibly a signature or a name, which is mostly illegible due to fading.

Handwritten text in the lower middle section, possibly a paragraph of text, which is mostly illegible due to fading.

Handwritten text in the lower middle section, possibly a paragraph of text, which is mostly illegible due to fading.

Handwritten text in the lower middle section, possibly a paragraph of text, which is mostly illegible due to fading.

Handwritten text in the lower middle section, possibly a paragraph of text, which is mostly illegible due to fading.

Handwritten text in the lower middle section, possibly a paragraph of text, which is mostly illegible due to fading.

aureola de simpatía, digna, ciertamente, de imitación por los escritores jóvenes, que hacen gala de pereza intelectual, en sus trabajos llenos de barroquismo literario y de giros exóticos, henchidos de neologismos y de frases rebuscadas en el Diccionario.

El espíritu de Blanco es emotivo y cordial. Manifiéstase al través de un léxico fluido é ingenuo, que envuelve elevados pensamientos o emociones de subido valor.

Variados son los temas que el autor aborda; y en esta diversidad de acción muéstrase cómo su espíritu profético observa con afán prolijo los más nimios detalles, para brindar al lector la pincelada espiritual o la nota emotiva que dignifica y enaltece.

Con pasajes escriturarios, nos habla del Verbo humano, para destacar su divina figura sugerente, siempre nueva y llena de enseñanzas y de ejemplos que imitar.

En contraste con el Hijo de Dios, Primavera eterna y renaciente, Blanco nos describe el otoño, con sus sentimientos nostálgicos de ocaso un tanto decepcionados por las amarguras de la vida que parecen proyectar sobre la Naturaleza en crisis la sombra de tristeza que de ellas emerge.

El viento, que barre y pone en desorden los residuos de los vegetales o encrespa las olas o arranca, huracanado, los postes y las torres encumbradas sugiere en un discreto ensayo al autor muy apreciables consideraciones.

Por discrepantes que parezcan estos asuntos, hay en ellos un cierto enlace misterioso, añadido al que

puede prestarles la unidad de pensamiento y de estilo; Nuestro Señor Jesucristo es la figura inmortal de la Historia. El hombre es lo caduco y lo perecedero, *quia ventus est vita mea*: los mortales no sois, ha podido decirnos el poeta, sino

hojas que en estío
desde la copa que se eleva al Cielo
cubris la tierra con dosel sombrío
y al peregrino errante dais consuelo;
pero los soplos del noviembre frío
os barrerán ya secas por el suelo
y cuando fuereis pasto de la llama,
con nuevas hojas se ornará la rama.

Y aquí se hallan sintetizados los dos aspectos que estudia el autor: el otoño, como agonía universal de la Naturaleza y el viento, que agita el elemento de destrucción y de ruina, para que la vida rebrote luego y sustituya lo perecedero por lo renovado, a impulsos de savia pujante y llena de exuberancia.


.....

No necesita presentación alguna escritor tan conocido en las letras murcianas como el laborioso e infatigable periodista, recopilador de la historia local, con sus efemérides más salientes; pero ha tenido la dignación de pedirme con insistencia unas líneas para que vayan al frente de su obra, y yo, que, por tantos títulos debo consideración al señor Blanco, no puedo negarme a su requerimiento, siquiera sea mucho más de lo que él y yo hubiéramos querido, ante los apre-

mios de tareas constantes, aunque nada añadan al mérito literario de estos trabajos las breves reflexiones que preceden.

Seguramente, el opúsculo que ahora edita el bondadoso camarada, ha de obtener el mismo éxito franco que lograron sus anteriores obras y que yo me complazco en desearle con toda cordialidad.

F. Martínez y García





Cristo

oooooooooooo

A mi distinguido amigo

D. Juan de Aguilar-Amat y Barnuevo

Caballero de Santiago

Al dedicar a usted este mi modesto trabajo, creo mas conveniente, en vez de hablar de la creación de la orden Santiaguista, cuya regla fué dictada por el Cardenal Alberto, después Gregorio VIII, en 1175, hablar del origen de la familia Barnuevo, que según el poema de Mosquera "La Numantina", (capítulo 22, folio 16) residió en la heroica Numancia.

Cuando dicha población fué reconstruida y Fortún López fué a poblarla, los que sobrevivieron a la espantosa catástrofe, tan justamente encomiada por la Historia, residieron en un nuevo barrio, por ellos construido, y del que tomaron su apellido,

A Fortún López acompañaron gentes nobilísimas y deudos muy cercanos del Cid, (*Rodrigo de Silva. —Población general de España. Edición de 1675*), que con los que residieron en la restaurada Numancia formaron los doce linajes de la ciudad, que llamaron Soria.

En 926, el Conde D. García Alvarez de Barnuevo, donó las villas de Logroño y Assa, de las que era señor, al Monasterio de San Millán de Cogolla, y don Diego Alvarez de Barnuevo, en 989, cedió a Sancho, Obispo y Abad del citado monasterio y a sus monjes los heredamientos e iglesia de San Vicente en el pueblo de Racioncillo.

Fundaron la iglesia de Santa María de Barnuevo, en Soria, y la dotaron espléndidamente, eligiéndola para su enterramiento y enriqueciéndola con memorias, costosos ornamentos y un privilegio que trajeron de Roma por el que se gana plenísimo jubileo el día de la fiesta.

Fundaron también el Monasterio de la Concepción, en donde señoras pobres de su linaje, tenían asegurada la subsistencia y alivio a sus necesidades.

Instituyeron un colegio para que en él vivieran los diez hijosdalgo mas viejos, dotándolos de las rentas necesarias para su manutención; consignaron un crecido número de dotes para que cada año pudieran casarse otras tantas doncellas de la clase noble y fijaron la renta en granos que debía formar el total de las limosnas dadas al año.

Estuvieron en la conquista de Andalucía, por lo que dejaron esculpido su escudo de armas en la puerta de la Catedral de Baeza.

Al establecerse en Castilla, en la Mancha y otras provincias, hicieron fundaciones en Antequera, Chinchilla, Albacete, La Puente de D. Gonzalo, Coin, Madrid, Fuentes, Valderas y otros puntos.

Un caballero de esa familia, que vivía en la Corte, marchó a Roma a sus expensas en 1621 y obtuvo la canonización de San Isidro, como lo acredita una carta de Paulo V, fechada en 13 de Enero de dicho año y dirigida al Ayuntamiento de Madrid.

Gozaron del privilegio concedido por Alfonso IX en 1158 a los doce linajes de Soria, en virtud de los servicios que prestaron en la batalla de las Navas de Tolosa, cuyo privilegio, llamado de los cien arneses y que a nadie jamás le ha sido concedido, consistía en la obligación que los sucesores en el Trono contraían de entregar a estos doce linajes, cien arneses de guerra completos y otras tantas sillas aderezadas y pinillas, lo que no sólo fué confirmado por don Sancho el Bravo y D. Pedro el Justiciero, sino también por las Cortes de Valladolid en 1319 y por cuantos soberanos ocuparon el Trono de Castilla.

Este privilegio fué redimido por los Reyes Católicos por cédula de 17 de Abril de 1466, pero mediante entrega de 350.000 maravedises el primer año de cada reinado.

D.^a Juana, Carlos I. Felipe II y Felipe III, cumplieron la dicha prescripción (*Piferrer, Manual nobiliario de España*).

Los documentos que acreditan lo expuesto se conservan en las casas de los Barnuevo de Murcia y en la de los de Chinchilla.

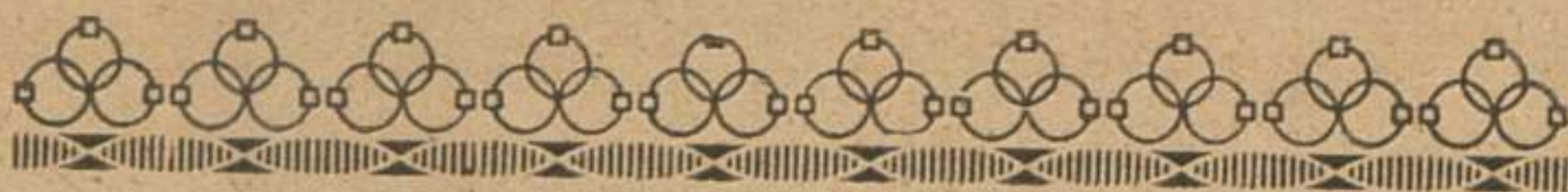
Los Barnuevo o Barrionuevo, están emparentados ha más de cuatro siglos con linajudas familias de la América española.

Tienen por lema: *Dios, Patria y Rey.*

Y terminando estas líneas, ya sabe que puede disponer como guste de su afcmo. é incondicional amigo,

Ramón Blanco





Cristo

oooooooooooo

I

Se han cumplido los tiempos señalados por los Profetas de Israel.

Han transcurrido las setenta semanas de Daniel.

Sonó en el tiempo la venturosa hora de la Redención.

Luce ya en tan nebuloso y triste horizonte, refulgente estrella.

Han pasado más de treinta años desde que nació en la gruta de Bethlhem el hijo de la cándida Maria y del Espiritu Santo.

Y el Ungido, el Rey, predica su celestial doctrina preparándose a la muerte.

Su voz potente resuena en el espacio, y empiezan a temblar en sus altares los nefandos ídolos.

Su palabra encuentra sonoro eco en el corazón humano, que la recibe como benéfica lluvia en campo abrasado.

Oigamos por breves instantes su dulce acento; subamos con el pueblo galileo a uno de sus montes y escuchemos sus palabras de paz y mansedumbre.

¡Bienaventurados, hijos míos, los pobres, porque en pago de sus contrariedades recibirán un reino celestial!

¡Feliz el sabio que desprecia el aplauso; feliz el que pequeño se reconoce y alaba al Creador; feliz el que sin justicia es perseguido, porque todos ellos serán partícipes de mi gloria!

Unidos a la mujer, vivid dichosos, sed dos en uno y «lo que Dios unió, el hombre no lo separa», (San Mateo.—XIX.—6.)

Todos sois hermanos; ama a tu enemigo y «si alguno te hiere en la mejilla derecha, párale también la otra. (San Mateo.—V.—39).

¡Desgraciado del que escandalice! ¡Infeliz del que dé mal ejemplo! ¡Desdichado del que torciere el camino del pequeñuelo y lo arrastrare en los vicios! «Mejor le fuera que colgasen a su cuello una piedra de molino y lo arrojasen en lo profundo del mar». (San Mateo.—XVIII.—6).

Al hacer el bien no os mueva un sentimiento de interés o lucro, «haced bien y dad prestado sin esperar por eso nada». (San Lucas.—VI.—39).

No hagais la limosna por vanagloria o lujo; no os manifestéis justos e imparciales porque os admiren, antes bien, «no sepa vuestra mano izquierda, lo que hace vuestra derecha». (San Mateo.—VI.—3).

¡Qué sublimidad y mansedumbre! ¡Qué doctrina tan pura y bella! ¡Qué rasgos tan conmovedores!...

¡Bendita seas, Religión Santa del Nazareno, áncora salvadora del hombre, iris de bienandanza y dicha, bendita seas!

II

Era al declinar una tarde de primavera, la naturaleza ostentaba todas sus galas, el horizonte toda su luz, las aves modulaban sus más sonoros cantos, la brisa balanceaba los árboles con mas delicados movimientos.

Óyense por doquier gritos de alegría y dicha, gritos que exhalan pechos agradecidos.

¡Bendito el Juez, el Rey, el Padre!

¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!...

Jesús entra en Jerusalén. llega al templo, se indigna al verlo convertido en casa de tráfico y comercio; increpa a los que a la sombra de sus venerables paredes buscan el lucro y la ganancia, y los arroja de él con estas palabras: «Mi casa, casa de oración será llamada, más vosotros la habéis hecho cueva de ladrones». (San Mateo.—XXI.—13.) Acude a El multitud ansiosa de escucharlo y recibir sus dones; sana cojos, mancos y tullidos, y prediga, hasta el exceso, los tesoros de su misericordia.

Mas ha oscurecido por completo; sale Cristo de la ciudad de Sión y retírase a la de Bethania, quedando

encendido en el corazón de los fariseos y doctores la infernal llama que pronto les hará cometer el mas horrendo de los crímenes.

III

Grande y aderezada estancia preséntase a nuestra vista, y anchos bancos rodean una mesa, alrededor de la cual toman asiento trece hombres.

Celebran la festividad instituida por sus mayores: rinden tributo de respeto a las antiguas leyes; cumplen con el precepto instituido por Moisés al sacar de la tierra y esclavitud de los Faraones al pueblo de Israel. Han consumido el cordero sin mancha, han apurado el pan ázimo y se halla cumplida la ley. Levántase en este momento el que presidió la cena, quítase sus vestiduras, cíñese una toalla, echa agua en un lebrillo y comienza a lavar los pies a todos los que le acompañan.

Llega por fin a uno de ellos, que haciéndose eco del sentimiento de los demás. dice: "Señor, ¿tú me labas a mí los pies?" (San Juan.—XIII.—6) «¿Tú que eres el supremo Rey de lo creado, la eterna Omnipotencia, vas a humillarte hasta mí, hombre oscuro, pobre pescador, infima criatura? No. Esto es imposible».

Jesús levanta su pura cabeza, fija sus azules ojos en los de Simeón Pedro, y con vibrante voz, en la que se trasluce toda su dignidad de juez y amor de padre, le contesta: «Si no te lavase, no tendrías parte

conmigo». (San Juan.—XIII.—8.)—«¿Sabeis lo que he hecho con vosotros?—les pregunta—¿No?... Pues oid: «Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decis, porque lo soy. Pues si yo el Señor y el Maestro os he lavado los pies, vosotros tambien debeis lavar los pies uno a los otros, porque ejemplo os he dado para que como yo he hecho, vosotros tambien hagais».—San Juan.—XIII.—12, 13, 14 y 15).

¡Qué extraordinaria humildad! ¡Qué sublimes preceptos! ¡Qué admirable religión la que tales principios sanciona!

Parte Jesús el pan, lo distribuye a los discipulos, y al mismo tiempo les dice: "Tomad, este es mi cuerpo". (San Marcos.—XIV.—22) Pone el vino en el cáliz, eleva la mirada al Cielo, dá gracias a su Eterno Padre, y hace que beban todos los presentes, pronunciando antes estas palabras; «Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada.» (San Marcos.—XIV.—24)

Está instituido el mas grande de los Sacramentos, la Divina Eucaristía; puede ya morir Cristo, pues entre nosotros queda.

IV

Al otro lado del Cedrón, en la huerta de Getsemani, vése un hombre dotado de una naturaleza superior, de un espíritu que puebla mundos y espacios, de una mezcla inconcebible y admirable de Dios y de hombre, postrado en la tierra que creó, con la cabeza

baja, las manos cruzadas sobre el pecho, el cabello extendido sobre el rostro, que suda, solloza, ruega, suplica.

Mira aterrado que sus santos principios, tan llenos de candor y sencillez, serán objeto de abominables controversias, que se levantarán sectas religiosas, que con la espada en una mano y la tea en la otra, tratarán de abrir paso a una religión, que todo es persuasión, dulzura y amor; vé los trabajos y fatigas; preséntase a su vista una desdichada época en que la corte cristiana por excelencia, el pueblo donde se establecerá la silla pontificia, se entregará de nuevo a los más inmundos vicios, en que todos harán alarde de devergüenza, donde el puñal y el veneno, el libre amor y el libertinaje tendrán más sólido asiento.

Al contemplar semejante cuadro, gime, se angustia, y con sudor en la frente, y miedo en el corazón, exclama; «Padre mio, mi querido Padre, traspasa de mi este cáliz», (San Marcos.—XIV.—36).

Estas imágenes hacen que su espíritu se reanime, cobre ánimo y que con la mirada mas diáfana, exclame tambien a su divino Padre: «Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya» (San Lucas.—XXII.—42).

V

En uno de los montes cercanos a Jerusalén, de aspecto lúgubre y sombrío. redonda cima cubierta de cráneos y huesos, tiene lugar la más trágica escena que el mundo ha conocido.

De pronto estremécese la apiñada multitud, llénase de miedo y sobresalto, apoderándose de ella mortal congoja; ha sentido estremecerse la tierra bajo sus piés; ha cubierto sus ojos tupido velo: y este pueblo que quería contemplar hasta última hora la agonía de Cristo, huye, se aleja, se atropella...

Queda solo y oscuro el Calvario; solo permanece en él la centuria que cuida del cuerpo de los reos. Todavía en aquellos breves momentos en que la vida se escapa del pecho del Justo, continúa su grande ministerio de enseñar y perdonar; todavía, en medio de los insultos, de los sarcamos, de las burlas, dirige los ojos al nublado cielo, y con palabra llena de mansedumbre le dice al Padre: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen.» (San Lucas.—XIII.—34)

Palabras de suprema esperanza, que solo pueden ser pronunciadas por un Dios, que se sacrifica por todas las naciones y pueblos, que enseña su celestial doctrina, tanto en las calles y plazas, cuanto en los tribunales y en el patíbulo; el que solo tiene para sus enemigos frases de perdón, Él que prescinde de su Madre, de sus discipulos, para pensar solo en la humanidad a quien rescata; este no es un filosofo, no es un hombre digno de admiración, es un Dios ..

V I

Se aproxima la hora de nona. Jesús exhala incomparable gemido, exclamando: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». (San Lucas.—XXIII.—46). Y como si de estas solas palabras hubiese estado sus-

pendida la máquina del mundo, no bien acaban de salir de los labios de Jesús, densa oscuridad lo cubre todo, circula un frío semejante al de la muerte, agítanse en voluminosas masas las nubes y los elementos. óyese el crujir de los sepulcros, el rechinar de las piedras, el caer de las montañas; todo es presa del mayor desconcierto, pero sobre este ruido, percíbense voces ténues, como remedo de lejanos ecos, que caminan diciendo: «Padre, perdónalos, perdona á mis enemigos».

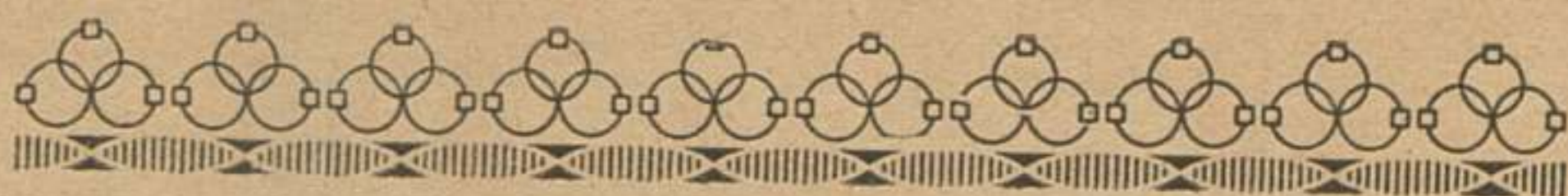
VII

Han pasado veinte siglos. La fe del misterio vive en los corazones cristianos. El catolicismo, regado con la sangre del Hijo de María, lucha contra sus enemigos, lucha con la razón divinizada por la soberbia, y hoy como ayer, y mañana como hoy, debemos decir á esos ciegos que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen: «¡Padre, perdónalos, que ignoran lo que se hacen!»



El Otoño y el viento

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



El Otoño y el viento

.....

A mi ilustre amigo el Senador Vitalicio

D. Angel Guirao y Girada

.....

Nosotros, mi querido D. Angel, que estamos en el otoño de la vida, vivimos felices, porque nuestra conciencia descansa plácida entre las virtudes que mecen al alma, que alienta a la materia que vigoriza nuestro espíritu, para que sembremos el bien por doquiera vayamos.

Esta es la felicidad mundana: ejercer el bien, que nuestra conciencia, inmaculada siempre, no remuerda a nuestro espíritu, para que, al hallarnos en el otoño de la vida, no nos arredre el *mas allá* de ultratumba,

misterioso arcano, al que tenemos que rendirnos con el alma limpia, para recibir el premio de los Bienaventurados.

.....

Hay quien cree, que los ricos, porque son ricos, son dichosos.

Hay quienes si les dieran una cruz o una encomienda, serían felices.

También existen individuos que fundan su ventura en los placeres de una opípara mesa.

A otros halaga ver su nombre en letras de molde y creen que el día que todos hablen de él será dichoso.

Muchos fundan su felicidad en el amor de las mujeres.

Hay también quien cifra su dicha en las emociones fuertes, en empresas arriesgadas, en atravesar el mundo en aeroplano, en sumergirse en un submarino, etc.

Pero todos están en un grave error.

Todo cansa y hastía; buena prueba de ello esos suicidios de gente joven, que en un ambiente de felicidad se matan por no morir de tedio y fastidio.

¿Y por qué? Porque el dinero, la gloria, el amor, la vanidad, todos juntos no bastan a hacer a nadie feliz.

Y que los goces cuanto más numerosos son, menos intensos nos resultan; y cuanto más delicado es el placer, tanto más fácil se experimenta el dolor,

Así se explica que a Vanderbilt y compañeros mi-

llonarios, no les haga la mas mínima sensación un aumento grandioso en su fortuna.

Así también se explica, que los personajes condecorados muchas veces, reciban una cruz, o collar de cualquier orden, con la mayor indiferencia.

Los gastrónomos de estómago mas fuerte, pierden el apetito, porque su estragado paladar no halla gusto alguno a los mas sazonados manjares.

El áura popular, va acompañada de la vil envidia que zahiere y daña.

Las mujeres, en ciertos momentos, hacen renegar de uno mismo y no dejan lugar a que pueda considerarse como feliz el mortal a quien quieren.

Las emociones fuertes, las empresas arriesgadas, al ser repetidas se debilitan y pierden su atractivo, porque ninguna clase de placer o de goce terreno puede hacernos felices, a excepción del bien, que siempre que se practica al alma inunda de inmensa felicidad.

El que ejerce el bien, ama a Dios, porque la Caridad, que es hija del Cielo, es el blasón dichoso de las almas grandes.

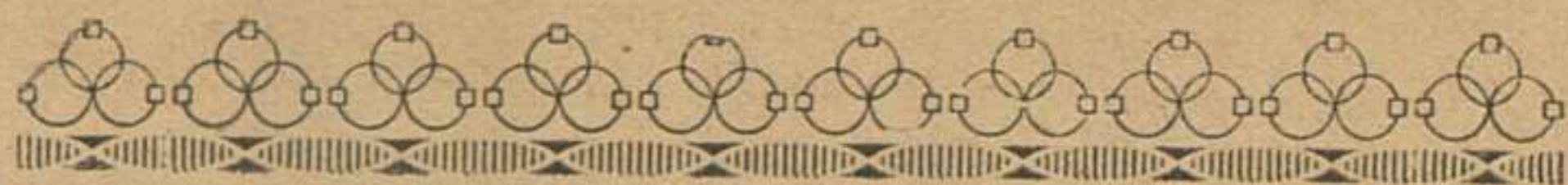
Bendigamos, mi ilustre amigo, el yo moral que nos ennoblece, porque al otoño de nuestra vida exorna con las hojas del bien, que el viento arrastra placidamente, sin que nos arredre el fin de nuestra existencia.

En "El otoño y el viento", que espero lea con verdadero cariño, me muestro tal cual soy, y tal cual es el mundo, en el que "el hombre, es el lobo del hombre».

Y rogándole, mi querido D. Angel, acoja con benevolencia mi modesto trabajo, ya sabe que le desea muchos años de vida, en unión de su virtuosa esposa e idolatrados hijos, su mas ferviente admirador y amigo,

Ramón Blanco





El Otoño y el viento



I

El viento suave que arrastra el aroma de nuestros jardines, deleita, convida al amor, haciendo renacer en nuestro espíritu las inefables dichas que nuestra fantasía crea.

¡Qué hermosa es la primavera en esas mañanas en que el viento hace renacer a la naturaleza!

¡Que triste es el viento del Otoño, que al propio tiempo que aniquila nuestros idealizados vergeles, va minando nuestra existencia para lanzarnos a un fin que todos desconocemos!

Para los que somos amantes de la filosofía, en el viento vemos lo que nunca vieron los iconoclastas.

¡Ah!... ¡El lenguaje del viento debe ser tan libre como sus alas!

A él, infinitas veces, le fiamos lo que no depositaríamos en el seno del mejor de nuestros amigos.

Si el viento tiene sus momentos de meditación, de formular sus pensamientos. ¡cuántas sonrisas compasivas se han de dibujar en los flexibles contornos de su aéreo rostro!

Él, que penetra dentro de los eslabones de esa cadena que se llama trato, y ve con los ojos de la realidad lo que se afana por ocultar; él, que recibe de cada uno en determinados instantes, la esencia verdadera de su ser; él, que se oculta tras de la careta del alma y se asoma a su reflejo, ¡qué inmensidad de secretos poseerá!

II

El Otoño, sin poder explicarme la causa, produce en mi espíritu el efecto que causaría la vista de unas ruinas de la antigüedad; lo suspende, lo enajena, lo inunda en un torrente de pensamientos que serios y melancólicos se suceden, como las olas del mar.

El Otoño me deleita y sin embargo le temo.

Sus noches claras, en medio de la oscuridad; sus días llenos de luz, de vida, de armonía; su sol, templado como sus brisas; sus horas... ¡Ah!... Sus horas son el poema de lo que nace, vive y muere.

¡Qué hermosa estación es el Otoño!

Sus primeros días, son los últimos de Septiembre; por eso este mes encierra toda la poesía de esta estación.

El campo, para este mes, es lo que el aire para la vida.

¡Bendito sea el Otoño, aunque en un Otoño tenga que sucumbir!

III

El Otoño en una población, sin salir de la red de sus calles, sin alcanzar a ver otro cielo que el que nos dejan mirar esas hileras de calles «sepulcros vivientes»—como dijo un filósofo—sin aspirar mas atmósfera que la que emanan esos focos de corrupción, de falsedades, de ingratitudes, es solo un conjunto de días sin belleza, es una flor trasplantada a la lobre-guez de un subterráneo.

Pero el Otoño, en el campo, viendo sus hermosas mañanas, sus silenciosas noches, su aurora llena de vida, su anochecer preñado de sentimientos, se asemeja a la juventud luchando con la mano inmutable del tiempo, que pugna por arrojarla en el abismo frío y solitario de la vejez.

Mas ¡ah!... Ese invencible gigante que mira impávido hundirse en el polvo de la nada a cien y cien generaciones; ese inmutable reloj que en cada segundo lleva la luz de una vida que se apaga; esa interminable série de horas, que pelea con el mañana, que desafía con el porvenir, que aniquila con su constancia a todo lo existente, sin ajetrearse, contempla al viento que aniquila a las indefensas hojas que embellecieron nuestros vergeles.

El viento, al arrancarlas del árbol, brama; las hojas, al caer, parece que lloran!

¡Yo tambien lloro!...

¡Yo tambien siento

triste nostalgia dentro del alma

dentro del pecho,

porque con ellas fueron rodando

mis ilusiones y pensamientos!

IV

¡Pobre hojas!

Cuando os contemplo descoloridas, arrugadas, místicas, como imágenes del dolor, descender del tronco que os dió vida, mi alma se entristece y mi imaginación, entusiasta de la filosofía, medita y vislumbra en el lejano horizonte, otro mundo, en el que tal vez se reconcentren los átomos de éste, para la formación progresiva de un idealizado paraíso, en el que la humanidad tal vez disfrute de una placidez incommensurable, desconocida por nosotros, porque la vida, si la analizamos y la aquilatamos, ante las falsedades nuestras, hipocresía refinada que alberga el yo moral de cada individuo, que en la comedia mundana representa el papel de la «vida», no es más que un torrente de amarguras, de liviandades, de miserias, de lágrimas, hasta que viene «nuestro otoño» y sucumbimos, de igual modo que sucumben las débiles hojas de nuestros prados y jardines.

.....

¡Pobres hojas!

¿Que os dice el viento cuando os arrebatara del árbol que os dá la vida?

¿No entendeis su lenguaje?

Pues el viento habla; el viento, en su rugir, cuando en su torbellino os confunde y os reconcentra y os separa, y despiadadamente os aniquila, os dice algo que vosotras no entendeis, porque el terror de la muerte os anonada.

¡Pobres hojas!... Ayer, tersas y lozanas, fuisteis

envidia del hombre; bajad y decid a los vientos "que sois la imágen de todo lo que existe».

V

¡Que horizonte de pensamientos se descubre a la vista de las hojas secas!

¿Expresarán éstas su dolor al ser arrancadas del árbol que las fructifica?

¿Llorarán al perder su nitidez?

¡Qué triste y que pasajera resulta la vida, bajo todos sus aspectos!

¡Qué desengaño tan grande sufre la humanidad, al no recluir su pensamiento en la sublime obra de lo creado!

Yo, amante de la reflexión, amigo del panorama, entusiasta de la belleza e hijo de la contemplación, soy un ser incomprendido, porque mi carácter, completamente abierto, no está en relación con la misantropía que mi alma atesora, que tengo que secuestrar de mi ser para lanzarme al vaivén humano, en donde mis amistades patrocinan mis producciones.

En el otoño de mi vida quiero ser sincero, para demostrar al escaso número de escritores que se permiten escribir con entera franqueza, que yo no sé disfrazar mis sentimientos.

¡Cuántos y cuántos esconden sus verdades, sus impulsos espontáneos y su arte verdadero, para someterse a una tiránica esclavitud intelectual!

• • • • •

El hombre, al frisar los sesenta otoños, se trasforma por completo.

Su «mundo» ya es otro; su modo de ser, distinto; sus aspiraciones, lógicas, y su vivir moderado.

El otoño que lo envuelve, cuando vé descender de los árboles a las hojas que arrebatada el viento, le hace ambientizarse a la realidad que le rodea.

Por eso yo, al seguir la senda que el mundo me traza, me resigno, y a veces río, y hasta me creo superior a mucha gente, de la que huyo, por no coincidir con mi grandeza de alma.

¡Por eso me encanta la soledad, el campo me seduce y la naturaleza me enamora!

V I

¿Por qué las tardes del Otoño, al apagarse, cierran sus pupilas como conteniendo una triste lágrima que fuera a desprenderse?

En la primavera, la caída de la tarde, se rodea del murmullo de las fuentes, de los árboles, de las aves; en el estío, de los cantos de la chicharra, del trabajador que se retira a su hogar; en el Otoño... ¡ah!... en el Otoño mueren las luces sin murmullos, sin cantos, sin gorjeos.

Profundo silencio envuelve a estas horas otoñales.

La brisa es húmeda, como el aliento de los sepulcros.

Si algún leve ruido se escucha, es el que producen las hojas que el viento arremolina en la hondonada.

Ruido que contrae al espíritu, porque se asemeja al choque de huesos descarnados..

¡Y huesos son!

Ellas representan una generación que desaparece; cada hoja es una vida que ha gozado de juventud, de vejez, que al desprenderse del árbol, deja en sus pálidos troncos los nombres de lo que fueron.

¡Débil recuerdo también llamado a morir en el espacio del tiempo!

¡Lápidas funerarias que la alegre primavera hace olvidar!

V I I

En el vasto cementerio de los campos, también predomina el anhelo de dejar un recuerdo, aun después de la muerte.

El hombre, en la puerta de la eternidad, consagra sobre la superficie de una losa, la contraseña que le sirvió para transitar por el mundo; a ella, a su nombre, le agrega todos los títulos de su pasada vanidad. ¡Pequeño resto del orgullo que le acompaña, aun al volver a la nada!

¡Nombres de los que fueron!

¡Descoloridos y amarillos troncos!

Vosotros sois el pábilo de una luz, que las brisas del tiempo han apagado.

Muerta la luz, vuelve a la materia el fanal que de ella la cubría.

Septiembre, para las hojas, es lo que para nosotros la última esperanza.

Brillan sus luces melancólicas, y aun nos hacen por momentos entrever, lejos, muy lejos, nuestro indiscutible fin... Donde no alcanza la razón, siempre llega a tocar el pensamiento.

Por eso Septiembre ejerce sobre éste una influencia misteriosa.

La vista de sus hojas pálidas revuelven en ese archivo de lo pasado, en ese manantial de ideas que se suceden infatigables, constantes, sin interrupción, una série de reflexiones, graves como su silencio, y como él tristes y verdaderas.

Parece que la Providencia, al dar a Septiembre un aliento templado y un cielo sereno, nos facilita el que al recorrer los campos, fijemos nuestro pensamiento en el cuadro que se extiende por doquier a nuestros ojos.

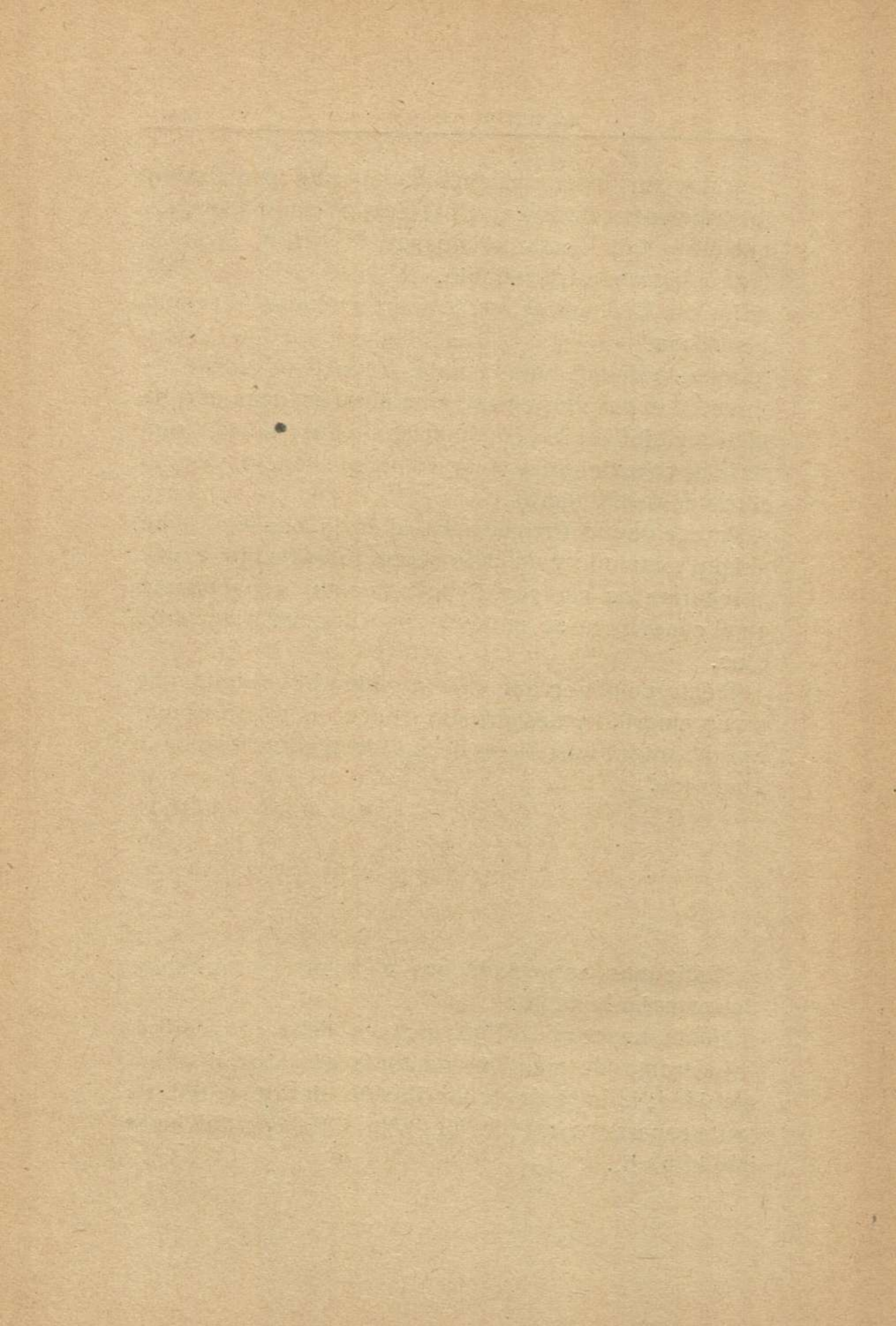
Trémula imágen que en una pálida y seca hoja, que en un amarillo y descarnado tronco, nos representa ese desenlace misterioso de la vida, a quien llamamos «muerte».

VIII

Nadie mas⁷ autorizado que el viento para hablar del corazón humano.

Hasta sus mas ocultos rincones debe conocerlos.

La trama de mentidas palabras que unen a la humanidad; la base de tanta ilusión desvanecida, de tanta esperanza irrealizable. ¡Ah, si su lenguaje fuese inteligible!...



¿Qué murmuran los vientos, cuando tendidos por los árboles, se filtran entre las hojas, como los rayos del sol se filtran por el cristal?

¿Murmurarán ingratitudes de amores o serán palabras de sentimiento?

¡Tal vez su acento encierre la compasión para la humanidad!

La exclamación de ventura que arranca en un secreto instante de placer; el angustioso ¡ay! que recibe de la madre que llora a su agonizante hijo; la sonrisa lúbrica que de los labios de una mujer mundana se escapa a la vista de una desordenada orgia; la mirada de dolor que llora un desengaño; el suspiro amoroso de un amante ausente; el juramento de una venganza; la blasfemia de la desesperación, todo, revuelto, en confuso remolino, sin orden, sin concierto, va en alas de ese ligero ser, levantando un murmullo incomprensible, que ya semeja a los ecos de una música lejana, ya recuerda con sus rugidos la potente voz de las olas del Oceano.

Misterios y solo misterios revela el murmullo del viento.

Impasible acoge en su seno, lo mismo el suspiro que la maldición.

Mar sin límites ni riberas, que recibe la lluvia del cielo, tranquilo y con indiferencia.

¡Pobres hojas secas!

Tambien como nuestros sentimientos, vosotras depositais en sus alas vuestra juventud, vuestros secretos, vuestra lozanía, vuestros perfumes, y hoy... hoy, indolente y frío, os arranca, os arrebatada y sigue entre murmullos su ilimitado camino.

¡Bien vayas espejo del tiempo!

Tu muerte se concentra en el Otoño, como la nuestra en la vejez!

Tú arrebatas hojas pálidas y secas y nosotros damos a la tierra despojos asquerosos, huesos corrompidos, que en otros días inspiraron ilusiones, esperanzas, amor!

Y así es la vida y así es todo, porque el reloj del tiempo sigue su camino, hasta que dentro de miles... millones... ó trillones de años, desaparezca todo, y venga el caos.

¡Y entre tanto, nosotros, desventurados actores de la vida, seguimos el curso de ella hipócritamente, en vez de unir nuestros corazones en apretado haz, para querernos con toda la efusión de las almas grandes!

¿Por qué el mundo es como es?

¿Por qué no escarnamos nuestra mísera envoltura, para arrojar de ella las liviandades que encierra?

¿Por qué no purificamos nuestro pensamiento, para que en él solo impere la lealtad y la justicia?

¿Por qué no refundimos nuestra ambición en el crisol de la igualdad y el amor?

¿Por qué, como dijo Jesús, el primer demócrata del Universo, no nos queremos como hermanos?

¡Ah!... ¡Si nosotros siguiéramos las doctrinas del Redentor del mundo, éste sería un paraíso!

IX

¡Otoño querido!... ¡Cuántas y cuántas ideas, espiritualizando mi pensamiento, brotan en mi imaginación, tal vez extraviada, porque en ella se alberga un

imposible, un bien común, que no puedo propagar, porque los actores de la comedia de la «vida» no quieren hacer el «papel» que debieran, sin tener en cuenta, que pronto desaparecerán de «escena», y que su «actuación» en el «Teatro Mundano», tiene que ser juzgada severamente.

Por eso, ante esta realidad, mi imaginación filosófica no olvida nunca al inspirado poeta que escribió el siguiente epitafio, por la verdad suprema que condensa:

Como tú te vés, me ví;
como me vés, te verás,
no ofendas a Dios que estás
muy cerca de estar aquí.

.....

¡Ah!... ¡Si el árbol del corazón tuviera otra primavera; si las hojas de él caidas volviesen otra vez a florecer; si de nuevo lo arrullasen las brisas de la juventud, sus dorados sueños, sus mágicas esperanzas, yo vería las hojas que hoy entristecen a mi espíritu, con la calma que miro las negras nubes que por un momento ocultan la luz del sol!

Pero no: el corazón es una planta que toda su esencia la reconcentra en la flor purísima del amor.

Si el viento del desengaño y de la ficción le adelanta su otoño y sus hojas se desprenden una a una, como las lágrimas de la inocencia, su tronco envejece en su misma aridez, trocando el jardín de la juventud en un desierto sin arroyos y sin flores.

Así se encuentra mi corazón. Sus esperanzas murieron; sus ilusiones, también, y las hojas de su árbol

ya secas por las amarguras de la vida, fueron arrastradas por el viento del Otoño, que en su lenguaje incomprendible expresa algo grande, algo que llega al alma, que tiene que rendirse ante el sublime cuadro que nos ofrece la naturaleza.

¡Cuántas y cuántas veces, ante él, mi espíritu se ha extasiado!

¡Cuántas y cuántas veces,

cuando la noche

sobre la tierra tiende su velo,

cuando en silencio queda la vida,

cuando no siento

ni los cantares de ruiseñores,

ni las canciones de amantes pechos,

elevé mi pensamiento a las regiones etéreas, en las que pude reconcentrar los ideales que atesora mi alma, ideales que en el mundo no existen, porque fueron secuestrados por la Hipocresía, el Egoísmo y la Ambición!

Fin

Obras del mismo autor

- Historia de Murcia.
Rípios.—Colección de versos.
El cabo Manteca.—Juguete cómico en un acto.
Los amores de Inés.—Sainete lírico en un acto música del maestro Carbonell.
El autor de «Los anarquistas».—Juguete cómico en un acto.
El Teatro por dentro.—Apropósito en un acto.
Alma Española.—Poema en tres actos.
Me caso.—Monólogo en verso.
Amor positivo.— juguete cómico en un acto.
Agua viva.—Colección de versos.
La Revolución de Portugal.—Episodio histórico en un acto.
Album de Bellezas.—En colaboración.
Galería de Retratos.—Semblanzas en verso.
El Molino del Mudo.—Drama en tres actos.
Murcia en la mano.—Dos tomos.
Martín Enredadera.—Juguete cómico lírico, música del maestro Bauzá.
La venganza de un obrero.—Molodrama en un acto.
La cruz del barranco.—Zarzuela en un acto, música del maestro Marín
Maldición para Abd-el-Krim.—Poema.
La plegaria de un angel.—Cuento laureado.
Víspera y noche de boda.—Entremés refranero.

INÉDITAS

- Fernández Caballero.—Estudio biográfico crítico.
Yo lo sé Todo.—Almanaque de curiosidades históricas.
El último beso.—Drama en tres actos.
Mario el inclusero.—Comedia en tres actos.
El talismán del amor.—Zarzuela fatnástica en un acto.
Casarse por tabla.—Juguete cómico en un acto.
Casarse sin novio.—Humorada lírica en un acto.
Tiempo perdido.—Colección de versos.
Las víctimas del amor.—Boceto dramático.
La Manzana de Eva. Juguete cómico en dos act s.
Curiosidades históricas Dos tomos.
Amor Inyectable.—Humorada en dos actos